

viandas fastuosas en servicios de plata; se ejercitan en la caza y se recrean con instrumentos músicos en fiestas y danzas. No hay guerras intestinas ni miseria, sino paz perpetua, felicidad y fe acendrada. Se narran, ciertamente, batallas cruentas, pero siempre contra un enemigo exterior -el Turco- y siempre victoriosas. Así, por ejemplo, el decimocuarto coloquio entre Mancio, Miguel, Martín, y Julián, que trata sobre los enfrentamientos en el mar (*De navalis certaminibus*), exalta la unidad de los príncipes cristianos bajo las banderas de Jesucristo y la gloria extremada de la victoria de Lepanto.

La estrategia del libro de viajes, diario y autobiografía de los cuatro cristianos japoneses es políticamente compleja. Por una parte, los jesuitas habían exhibido ante los europeos el producto de su intervención religiosa y educativa: Mancio, Miguel, Martín y Julián son, en el texto, ejemplo y paradigma de la eficacia misional y de la pericia pedagógica. Por otra, la exhibición parece tener un doble sentido: los cuatro jóvenes, que llegaron a occidente cargados de objetos exóticos, marcharon con regalos para las autoridades japonesas. Puede entenderse que uno de ellos es el texto mismo del *De missione* y la relación de las cosas de la cristiandad europea. De este modo, el prestigio de la Europa del *De missione* traslada su prestigio a los jesuitas europeos en Japón. De hecho, los legados encontraron que, a su regreso, había tomado el poder Toyotomi Hideyoshi, cuya hostilidad a la presencia de los cristianos hacía aún más necesaria la legitimación de la presencia de los bárbaros. No debe olvidarse, sin embargo, que el *De mis-*

sione legatorum es un texto latino y que, por tanto, presume un público europeo o europeizado: no es descabellado suponer que fuera también concebido como libro de lectura para los jóvenes estudiantes nipones convertidos al cristianismo.

SEGUNDO FRAGMENTO: KENGIROKU
O LA REVELACIÓN DE LA IMPOSTURA

Cristóbal Ferreira era natural del pueblecito de Zivreira, cerca de Lisboa. Entró en la Compañía de Jesús a los dieciséis años, el día de Navidad de 1596, en Coimbra, cuando todavía estaba vivo el recuerdo del viaje de los cuatro nuncios japoneses y en 1597 ingresó en el noviciado que acababa de fundarse en Lisboa. No es infrecuente encontrar Ferreiras entre los cristianos nuevos portugueses, especialmente en las comunidades de Burdeos y las Antillas. No obstante, hasta finales del siglo XVI, la Compañía de Jesús había sido notablemente tolerante con los cristianos que procedían de familias conversas. En 1603, Ferreira estaba en Macao; en 1609, ya ordenado, llegó a Nagasaki y acudió al seminario de Arima para aprender japonés. Durante tres décadas, llevó una vida intachable: fue consejero del Provincial, presenció matanzas de jesuitas y testimonió en causas de batificación, ejerció el sacerdocio en la clandestinidad, y, a partir de 1614, cuando comienza la persecución de los cristianos, también con notable riesgo personal. El mismo fue capturado el 24 de septiembre de 1633 y el 18 de octubre siguiente fue sometido al suplicio de la fosa.

◆◆
*La apostasía del
Padre Ferreira, causó
conmoción en
la compañía*
◆◆

El mecanismo de la fosa es extraordinariamente simple. Consiste en atar apretadamente al supliciado y colgarlo cabeza abajo en un agujero lleno de excrementos. Tanto las ataduras como las incisiones que deben practicarse en las sienas evitan que muera por una congestión o una hemorragia cerebral: el dolor se prolonga así extraordinariamente, y la única salvación de la víctima es mover la mano y apostatar. El padre Cristóbal Ferreira aguantó cinco horas antes de abjurar del cristianismo.

La apostasía del padre Ferreira causó conmoción en la compañía. Los jesuitas hicieron lo imposible por establecer contacto con él: enviaron emisarios, interrogaron a mercaderes y, varios años después, difundieron que Ferreira había muerto mártir tras abjurar de sus errores. De hecho, Ferreira podría haber vuelto con facilidad: la discusión teológica había previsto muchos matices de la apostasía y los jesuitas aplicaban, en los confines del mundo, el principio básico de que toda ley ha de interpretarse benévola-mente cuando los hechos ocurren en circunstancias excepcionales, no previstas por el legislador. Los más célebres casuistas argüían que son muy